

personajes tienen dimensión humana, son convincentes, además de que, aquí, se da una técnica teatral de cierta elaboración. El escenario a oscuras al comienzo y al final de la obra (que se acompaña del emocionante *Carnaval* de Schumann) es el recurso adecuado al juego de los ocultamientos y las máscaras. La Insula Tenebraria les permite desnudar su alma, pero cuando en el segundo acto se ilumina la escena, no tienen el valor de continuar. Al final la repetición del «no volverán» nos recuerda un famoso poema de Bécquer. El viaje frustrado por el hundimiento del puente puede relacionarse simbólicamente con la interrupción de su viaje interior hacia la autoconciencia.

El argumento de *Judit 44* es como sigue: En una ciudad francesa en 1944, Judit Bloch, viuda de un judío francés, mantiene ocultas relaciones amorosas con el general Arnold von Guden. El propio talante del general unido al amor que siente por esta mujer, permiten al resto de la familia Bloch y al personal de la fábrica, gozar de respeto y libertad. El capitán de las SS Konrad Dietrich, descubre que el jefe local de la resistencia, Laffite, se esconde en la fábrica, pero la oferta de Judit, ofreciéndose como rehén garante del orden, evita el registro. No obstante, la protagonista informa al general de la protección ofrecida al rebelde y aquél respeta sinceramente su decisión. Dietrich denuncia al Reich la conducta de su superior y es ascendido a jefe de asuntos políticos. El peligro ahora para los demás judíos y para los franceses patriotas es evidente, y ante tal situación Judit saca fuerzas y decide poner una trampa a Dietrich para matarlo. Ella, aprovechando la ausencia del general, se presenta en las oficinas militares —que son su antigua casa— y seduce a Dietrich poniéndole en un momento de descuido un somnífero en su copa. Judit sale en busca del arma y mientras tanto regresa el general, que después de despedir al capitán, se sienta a descansar y se toma la copa envenenada; cae dormido, entra Judit y clava su cuchillo erróneamente en el hombre que ama. Ella es detenida y deportada a Alemania.

Esta obra representa más gráficamente la idea de la capacidad humana para la generosidad y la entrega, así como la protección y el estímulo que el amor puede generar entre los hombres, así como la importancia universal de la libertad y la justicia. Condena los planes alemanes de un nuevo orden para Europa (representados por el capitán Dietrich y su odio racial hacia el pueblo judío).

Laín nos presenta otro personaje fuerte de mujer, una mujer que representa perfectamente el espíritu de la Judit bíblica. En el Antiguo Testamento se nos narra el ataque que los judíos sufren por parte de las fuerzas de Holofernes. La ciudad de Bethulia, cercada, está a punto de rendirse cuando Judit, una mujer bella y devota de su fe, marcha al campo enemigo, se gana el favor de Holofernes y lo mata, volviendo a su ciudad con la cabeza del sitiador. Se muestra así, de modo arquetípico, una figura humana que encarna el sacrificio por los suyos, la nobleza y el valor. Aparece, además, como tema el del Holocausto judío en la Segunda Guerra Mundial, uniéndose el autor a la denuncia mundial del genocidio. Y aunque ella planea matar al capitán, que representa por sí mismo la crueldad nazi, en varias ocasiones durante la obra se aboga por la justicia para todos, sin consideraciones de origen o condición; casi al final de la obra, Judit, descrita por Laín como «una sacerdotisa en acto de ofrecimiento», dirige su plegaria al cielo: «Dios de Abraham y de Jacob, Dios de los franceses, Dios de los hombres todos. Tú que nunca duermes. Tú que conoces por su haz y por su envés el corazón

de los mortales. Tú que como luz invisible y serena estás viviendo en la confusión de mi alma, sabes que no es el odio lo que ahora me mueve, sino la justicia y el amor».

Se nos presentan diferentes puntos de vista de varios personajes alemanes, aunque están representados de un modo, a menudo, muy intelectualizado. Dietrich, por ejemplo, aunque se presenta como una persona culta y sofisticada, representa el prototipo de nazi obsesionado con sus ideales imperialistas. Las leyes por las que se rige el general son las leyes de la guerra, pero ha de luchar con su guerra interior: ha de decidir entre «vivir como alemán o morir como hombre». Su muerte puede verse, en parte, como una trágica ironía a la ambigüedad de su situación como militar honesto y como alemán opresor. Molitor, un capitán alemán, que representa la conciencia del general (y el punto de vista del autor), condena esta guerra estúpida y suicida y no comprende la pasión antijudía de un país al que contribuyeron con su obra hombres de este pueblo, como Erlich, Einstein o Heine. Al final, Molitor nos «revela» los ideales humanistas de Laín, abiertos a lo trascendente: «Vencedores son, en definitiva, aquellos en cuyas almas la canción es más fuerte que el drama. Los que saben vivir más allá de la muerte...» Las palabras de Ester, inmediatamente después de las de Molitor, son una profecía a favor del pueblo judío: «Porque su Dios (del pueblo judío) le defenderá, y sus enemigos vendrán a ser el escarnio de la tierra».

Resumimos ahora el argumento de *Tan sólo hombres*, tres historias contadas en tres actos.

En el primer acto, el matrimonio formado por Tamar y Máximo es condenado por creer en Dios; la acción se desarrolla en un país ateo y totalitario llamado Neolia. El «Tribunal de la Pureza» les sentencia a «transparencia civil», lo que significa que, desde ese momento no serán vistos ni oídos por nadie, serán inexistentes socialmente. El segundo acto tiene lugar en otra Neolia, esta vez una ciudad mediterránea de sabor helénico, y donde la situación planteada es la opuesta: Los cristianos, musulmanes y judíos gobiernan el lugar de común acuerdo y obligan a los ciudadanos a practicar una de las tres religiones. Astrea y David, matrimonio casado por lo civil, viven en constante amenaza. El, profesor de universidad, teme por el futuro de su cátedra; Astrea le abandona mientras él sufre presiones del gobierno por negarse a publicar un artículo en favor de las creencias religiosas. El se reafirma en su postura, no por su ateísmo, sino por una cuestión de principios, en favor de la libertad de conciencia. Andrea vuelve a su lado y deciden seguir luchando juntos por la causa de la libertad y la verdad.

El tercer acto se desarrolla en una ciudad del norte de los EE.UU. Bob, un rico industrial, mantiene que las dos cosas más importantes en la vida —como principios de acción— son, el derecho a la «libre empresa», entendido como derecho a la libertad de vivir como uno quiera, y el derecho a lo que él llama «la libre sonrisa», por el que todo hombre debe manifestar sonriendo a los demás su libertad. Fred y Sally, amigos del sur, propietarios de plantaciones de algodón, van a visitar a Bob y a su mujer Fanny. Estos manifiestan sus prejuicios raciales contra los negros, mientras el matrimonio norteamericano se opone al racismo de sus invitados. Estos se van tras haber discutido largamente sobre lo que ellos creen debe ser el trato con los negros y sobre sus ideas de la educación de los hijos. Harry, el hijo de Bob, aparece en escena fuera de sí después de haber cometi-

do un homicidio (ha matado a una amiga); su padre entonces, decide no entregarlo a la policía y rehabilitarlo por su cuenta.

Esta obra se presenta como un ejercicio intelectual en el que Laín entrecruza los temas de la libertad, la religión y la esperanza en sus aspectos más positivos. Los seis personajes principales asumen actitudes estereotípicas. Obviamente el autor nos propone la conveniencia de una libertad articulada en una sociedad pluralista; así, en los dos primeros actos critica todo tipo de totalitarismos, el ateo y el teocrático.

Ahora bien, ¿por qué elige a los EE.UU. como lugar de desarrollo del tercer acto, tras mostrarnos dos caras de una misma explotación? Parece que busca situarnos en una sociedad pluralista que, pese a sus defectos, ofrece más opción a la libertad y la justicia que las dos anteriores.

Tamar y Máximo expresan su esperanza en que algún día su sociedad les acepte tal y como son, cristianos: «No estamos solos. Somos hombres y no estamos solos». Del mismo modo cuando Astrea vuelve a David manifiesta su esperanza, por el mero hecho de ser hombres. Quizás en la mente del autor un país que, por entonces, se acercaba a los doscientos años de democracia (los EE.UU. del tercer acto) era un posible ejemplo para el futuro de España.

*Una y diversa España* (Barcelona, Edhasa, 1968), escrito en la misma época que *Tan sólo hombres*, nos da la clave de este tercer acto. En un tono bien distinto a lo que Laín sostenía en los años cuarenta, encontramos: La convicción, a la vez experimental y reflexiva, de que sólo a través de un pluralismo auténtico —cuya organización efectiva puede adoptar, claro está, formas distintas— logran su plena dignidad humana gobernantes y gobernados. Como la verdad nos hace libres —la verdad, no lo que bajo el nombre nos es a veces impuesto— la libertad nos hace verdaderos. Laín ve cómo en los EE.UU., incluso un siglo después de su Guerra Civil (1861-65), las opiniones encontradas de nordistas y sudistas siguen vivas en 1960.

La defensa de los negros que hace Bob nos recuerda la defensa de los judíos de *Judit* 44. La libertad que aquí se nos propone es responsable y comprometida, no cómoda y fácil. De hecho, es Fanny la que advierte a Bob sobre su permisividad y falta de comunicación con su hijo. Queda la esperanza de que Bob cambie la relación con su hijo a través de su rehabilitación. Esta esperanza, que es la base del tema de la obra, viene de la comunicación humana en la convivencia; convivencia de los que se esfuerzan enérgica y sinceramente por lograr auténticos cambios en su vida.

El asunto de *A la luz de Marte* es como sigue: El 30 de mayo del 2008 el diario *El Tiempo* anuncia en edición extraordinaria que al día siguiente la astronave Marte I será lanzada hacia dicho planeta, en el que el hombre pondrá pie por primera vez en la historia. En el acto I la acción se desarrolla en el interior de la nave. El espectador se identifica pronto con la sorpresa y la emoción de los tripulantes, que van a saber «como nadie lo ha sabido hasta ahora, lo que es ser hombres» en las propias palabras del profesor Horacio Brown, jefe de la expedición.

El interludio consta de una escena única. Es el clímax de la obra. Llegan a Marte y son presos de un ambiente de misterio e inmovilidad (en contraste con la excitación del primer acto), a la luz de Marte —de tono rojizo— todos se sienten transportados a «la bacante de la comunión del hombre en el cosmos».